

Entré en efecto, y el amable falderito se lanzó con furor sobre mí; yo no tuve mas recurso que hacerle un quite con mi sombrero que sacó una herida mortal, herida que yo deploré con todas las veras de mi alma, porque era un sombrero de honra y provecho, y no una de esas filigranas que nos traen ahora los gabachos.

—Válgame Dios, señor D. Simon, me dijo Doña Virginia, que yacia repantigada en un sillón, con las piernas envueltas en flanela. ¡Cuánto siento que Jazmin le haya roto á V. el sombrero! Pero es tan vivaracho, y les tiene tanta tirria á los hombres, que....

—Oh, deje V., no es nada, absolutamente nada, la respondí, ocupando una silla frente á frente de la suya, y recorriendo con la vista el aposento que encontré habifado por un loro, una ardilla, un perro, un mono, y en fin, por Doña Virginia.

—¡Qué bien hice en no casarme contigo! dije para mis adentros. ¡Donosa familia me íbas á regalar con el tiempo!

—¿Qué le parecen á V. mis animalitos?

—Preciosísimos, la respondí, desviando un poco la silla, porque el falderito me amenazaba desde su cojín.

—¿Qué quiere V. que haga yo? No tengo hijos, (lanzándome una mirada de ternura) y me contento con cuidar á estos pobrecillos.

—Tiene V. razon.—Entabiamos una conversacion sobre el libro que estaba leyendo, y que era nada ménos que el titulado: „Luz de las verdades católicas,” obra del célebre padre Parra, tan conocido por sus cultísimas pláticas. Asunto como este, naturalmente debia interesarnos, y en efecto, yo me habia acalorado al ensalzar las bellezas de aquella famosa plática sobre la sal del bautismo que comienza con este primor. „A la mejor sazon se nos ha venido la sal. A la sazon del dia de mi glorioso padre San Ignacio, la sal de la sabiduria, etc. En lo mejor de mi panegirico estaba yo, y Do-

ña Virginia con las gafas caladas me escuchaba embebecida, cuando senti unas tenazas que me oprimian fuertemente un poco mas arriba del calcañar. El dolor fué agudísimo, y prorrumpí en un espantoso grito que hizo saltar Doña Virginia, despertar al perro, y poner movimiento al mono y á la ardilla. Era el loro maldito que me habia dado una mordida.

En el momento en que aquella estancia parecia una Babilonia, el mono aprovechándose del tumulto, saltó á un estante y se puso al nivel de mi cabeza: un segundo despues mi peloquin estaba entre sus garras; sacarlo de ella fuera obra de romanos. Tomo mi sombrero tartamudeo una despedida, y bajo precipitadamente la escalera; me juzgo ya fuera de riesgo, mas al llegar al zabuan, una terrible punzada en el muslo derecho me hace llevar hácia él prontamente la mano; la llevo en efecto y recibo en ella otro mordisco. La faldera estaba agujerada; sacudo fuertemente el faldon y sale de él un animal envuelto en un girón de lienzo blanco y encarnado. El animal era la ardilla de Doña Virginia: los girones eran los restos de mi desventurado pañuelo.

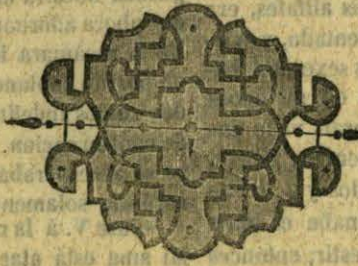
—Y volvió V. á visitar á Doña Virginia, papá grande?

—¡Vaya una pregunta!

Aquí acaba el cuento de mi abuelo. Imperterritito lector, (pues tal debes de ser, puesto que has podido llegar hasta este punto): réstale puramente darte las gracias por tu compañía, y advertirte que si dudas de lo exacto de la ta que del padre Parra hizo mi abuelo, registre la edicion que se hizo de esa obra en Filadelfia el año de 1827, y en la página 415 encontrara satisfecha tu curiosidad. Vale.

México junio 1.º de 1844.

DON JUAN DE AZPEITIGURREA.



HISTORIA.



L estudio de la historia es sin contraccion el que hoy mas interesa á los hombres; esto está universalmente reconocido, y las investigaciones para perfeccionar este ramo de los conocimientos humanos forman una de las necesidades dominantes de nuestra época. Generalmente se dice que la historia es la maestra de los gobiernos, á lo que puede agregarse que no lo es menos de los pueblos; el que lee en lo pasado lee en el porvenir; y así los ciudadanos de una república, que pueden ser llamados indistintamente para tomar parte en el ejercicio del poder, deben dedicarse á este estudio con grande asiduidad y profunda meditacion. Un escritor compatriota nuestro ha dicho con razon que la historia que en los estados monárquicos suele mirarse como ornato de la educacion liberal de algunas clases, en las repúblicas, donde todos los ciudadanos ejercen parte de la soberania popular, y pueden ser llamados á los primeros puestos, debe considerarse como de absoluta necesidad. Esta verdad es palpable, porque ¿qué seria de un estado si los hombres que estuviesen rigiendo sus destinos ignorasen la ciencia de los hechos? este estado no seria mas que una nave sin piloto en un mar tempestuoso, que se estrellaria contra las rocas al impetu de las olas; así tambien el hombre que sin conocimiento de lo pasado se encontrara dirigiendo á una nacion, no seria mas que un ciego abandonado en un bosque y rodeado de precipicios en que no podria menos que perecer. Nadie puede gobernar á los hombres sin conocerlos, para conocerlos es preciso estudiarlos, y este estudio solo puede hacerse en la historia, donde se ven retratadas sus pasiones y reproducidas sus opiniones. La historia, segun la bella expresion de Simonde de Sismondi, representa como un gran espejo, á las sociedades venideras, los resultados de todas las teorías y de todas las experiencias de las sociedades pasadas. En efecto, en la historia ven los que gobiernan de cuán funestas trascendencias son para las naciones sus excesos y sus demasías, y cuán contrario es el despotismo á la marcha de la civiliza-

cion. Los pueblos á su vez conocen cuán peligrosos son sus delirios y cuán arriesgado es para ellos mismos el desenfreno de una revolucion. De aquí debe indispensablemente resultar que los que gobiernen ejerzan el poder sin tiranía y usen de la fuerza, no para oprimir sino para conservar, y que el pueblo usando de sus derechos, no desconozca sus deberes y goce de una justa libertad odiando la licencia.

Mas para obtener todos estos buenos resultados no basta saber simplemente los hechos, y recargar la memoria de fechas y acontecimientos, es preciso meditar atentamente en las causas de estos hechos así como en sus consecuencias, evitar la repeticion de los actos que produjeron algun mal en las pasadas sociedades, é imitar aquellas acciones de los hombres eminentes, que supieron labrar la felicidad y grandeza de su patria, pues solo de este modo la historia cumplirá con su objeto, siendo un curso de moral y de politica. „No considerar la historia, dice un escritor filosofo, mas que como un inmenso conjunto de hechos ordenados por fechas con que se quiera enriquecer la memoria, no es mas que una vana y pueril curiosidad, que revela un espíritu mediocre, ó cargarse de una erudicion infructuosa que no sirve mas que para formar pedantes. ¿Qué nos importa conocer los errores de nuestros padres si no sirven para hacernos mas discretos?”—Ademas es preciso al estudiar la historia depouner toda preocupacion y parcialidad, así como las afecciones personales, para poder juzgar á los hombres, no por los males ó bienes que han hecho á un individuo, sino por los que han hecho á la patria.

Finalmente, mucho pudiera decirse acerca de este estudio sin limites, pero para entrar en pormenores seria necesaria una inteligencia y una erudicion muy superiores, á las nuestras, por lo que nos hemos limitado á traducir el artículo siguiente escrito por Mr. Ch. Du Rozoir, quitándole aquello que nos ha parecido poco conducente á nuestro objeto.

De la historia considerada como ciencia de los hechos.

I.

Prolegomenos.—Objeto de la historia.—Definiciones.

Los filósofos que distinguen en el entendimiento humano tres facultades principales, la memoria, la razon y la imaginacion, hacen dimanar de ellas una distribucion general de los conocimientos humanos en historia, en filosofia y en poesia. De la memoria dimana la historia, como la filosofia dimana de la razon, y la poesia reconoce por madre á la imaginacion. Parece inútil advertir que estas restricciones teóricas son traspasadas en la práctica; porque ¿qué seria la historia sin la filosofia para coordinar los hechos? asimismo ¿qué seria la filosofia sin cierto orden en los hechos? La historia considerada en sí misma, se compone de hechos, los cuales ó son de Dios, ó de los hombres, ó de la naturaleza: los hechos que son de Dios pertenecen á la historia sagrada, los de los hombres á la historia civil ó política, y los de la naturaleza á la historia natural.

La historia sagrada espone á la vez los misterios y las ceremonias de la religion, los milagros y los casos sobrenaturales, cuyo principio solo es Dios: la disciplina y los fastos de la Iglesia: las profesias en las cuales la relacion ha precedido al acontecimiento, forman tambien un ramo de la historia sagrada. La historia civil consta de los hechos que vienen del hombre: depositaria fiel de las tradiciones de nuestros antepasados, de las revoluciones de los tiempos anteriores, del origen de las instituciones políticas y de la gloria y celebridad de los hombres: la ciencia historial se divide segun estos objetos, en historia política propiamente dicha, y en historia literaria. La historia civil se subdivide en historia general, en historia personal ó biográfica, en historia singular ó particular, como cuando describe una accion particular, un sitio, una batalla, una conspiracion, una embajada, una intriga, un viage, etc. Si es cierto que la historia es la pintura fiel de los tiempos pasados, las antigüedades (comprendiendo en ellas los monumentos, las inscripciones y las medallas,) son diseños casi siempre deteriorados, las biografias, retratos ó miniaturas mas ó menos lisonjeras, y la historia general, un cuadro cuyos estudios son las memorias. La cronología y la geografia son los ojos de la historia: y la criti-

ca su antorcha, pues ella es la que vivifica los dos vástagos de la ciencia, y hace de ella su mas indispensable apoyo. Por medio de la critica, la cronología coloca á los hombres en su época, mientras la geografia los distribuye sobre nuestro globo: ambas sacan grandes ventajas de la historia de la tierra y de la de los cielos, es decir, de los hechos históricos y de las observaciones celestes; en una palabra, la ciencia de los tiempos y la de los lugares son hijas de la astronomía y de la historia: No habria en este artículo de la historia natural, aunque pudiera muy bien decirse que es acaso mas digna del estudio del filósofo, que la historia de los hombres, pues esta no se compone sino de diversos hechos, arbitrariamente producidos por las circunstancias; mientras estos hechos aquella provienen de leyes inviolables y uniformes. Frecuentemente la historia de los hombres no nos presenta mas que el triunfo de la violencia y de la intriga, sobre el derecho y la virtud: y no sirve de ordinario sino para hacernos notar los vicios y los caprichos de nuestros semejantes, mas bien que sus buenas cualidades, y acaso tiende muchas veces á hacernos dudar de la Providencia. La historia de los animales no nos descubre sino sus perfecciones, y eleva constantemente nuestro espíritu hacia el origen de todos ellos. Voltaire aprueba esta trilogía histórica; no admite que la historia sagrada, y la profana, pues segun él, la historia natural, impropriadamente llamada historia, no es mas que una parte esencial de la fisica. Mucho podria discutirse acerca de este punto, y probar que en esto cometia Voltaire un paralogismo, pero como tales discusiones se resienten de escolasticismo, y jamas han proporcionado adelantamientos á la ciencia, solamente diré que el discípulo de Buffon, Lacedéde, estaba tan poco de acuerdo con la opinion de Voltaire, que poseemos de él una historia general fisica, y civil de la Europa, desde fines del siglo V, hasta mediados del XVII. Al tratar de definiciones, preciso es recordar las distinciones admitidas en el siglo XVII, ya respecto de la materia de la historia, ya de la forma en que se escribia. En orden á la forma decian nuestros antepasados, la historia era sencilla ó figurada. Cuando es sencilla no tiene ningun artificio ni adorno, no es mas que una relacion desnuda y fiel de las cosas pasadas, y del modo que han tenido lugar: tales son los anales de los Griegos, las olimpiadas, los fastos consulares de los romanos, despues las crónicas del bajo imperio, de la edad media; y en fin, los diarios desde

de L'Estoile, hasta las Gacetas oficiales, etc. Cuando es figurada la historia, admite los adornos que les suministra la capacidad del escritor, como las historias políticas de los griegos y de los romanos, desde Herodoto hasta Tácito, y la mayor parte de las historias modernas, desde Comines y Dávila, hasta Daniel y Mezerai, desde Voltaire y Reynal, hasta Lacrosette, Thiers ó Sismondi. „Se llama historia razonada, dice un antiguo crítico, la que sin detenerse en la corteza y apariencia de las cosas, penetra hasta el pensamiento de las personas que han obrado de acuerdo, y hace ver en el éxito bueno ó malo de sus empresas, la sabiduría de su conducta ó su falta de juicio.“ Finalmente, la historia mista es la que ademas de los adornos de la historia figurada, saca pruebas de la historia simple que presenta en apoyo de lo que espone, con mas artificio y aparato. Estas definiciones tan sencillas y aun algo escolásticas, fueron muy pronto olvidadas para ceder el campo á otras mas pomposas y ménos exactas. No estaba muy léjos el tiempo en que debiéndose estender la vista mas allá de las producciones históricas; la historia figurada debia ceder el puesto á la historia filosófica, titulo pomposo y vacío, que mas bien que una historia razonada, anunciaba una produccion en que los hechos históricos serian sacrificados á las preocupaciones de la época. Entónces todo era filosófico, asi como hoy todo es pintoresco: pero sea de esto lo que fuere, siempre se dirá historia cronológica, historia genealógica, historia política, historia secreta, historia literaria, historia eclesiástica, y en fin, historia general, pues estos términos sencillos y claros no están bajo el dominio de la moda, y se comprenden por sí solos; á lo dicho puede agregarse que la historia cronológica puede ser muy útil y atractiva su lectura cuando esté bien escrita, como lo han hecho los autores del Arte de verificar las datas, el presidente Hénault y Voltaire en sus Anales del imperio. La historia genealógica esparce alguna luz sobre la historia moderna cuando está bien tratada, con una erudicion imparcial y desinteresada, como lo ha hecho Schoell en su Historia de los estados europeos. La historia política y moral es la mas fecunda en reflexiones: Tucides, Tácito, Bossuet, Montesquieu, Ancillon, Guizot, Heeren, etc., he aquí los modelos en este grave y útil método. La historia secreta no era antiguamente sino la de las cortes; hoy ofreceria particularidades curiosas acerca de los revolucionarios: este género siempre ha tenido muchos atractivos para

la malignidad humana, pero la historia escrita de este modo es frecuentemente sospechosa, cuando no de denigracion, de lisonja. La historia literaria, descuidada por todos los antiguos, exceptuando á Veleyo Patérculo, obtuvo desde que Voltaire dió el ejemplo, un lugar en la historia general: otro tanto puede decirse con respecto á la historia eclesiástica, que con razon ocupa mas de la mitad del Ensayo sobre las costumbres. Toca á los que en este punto imiten á Voltaire, dejar á un lado la falsa y mala intencion que guió á la pluma de aquel escritor. Nacida bajo la pluma de Reynal, la historia parlamentaria florece hoy muy justamente. En cuanto á la historia general, debe con justas restricciones abrazar todas las demas.

II.

Fin moral de la historia.—Diversas escuelas históricas.

Lo que en mi opinion manifiesta la alta capacidad del hombre, lo que prueba que esta criatura pasagera en este mundo ha sido formada para un destino eterno, como el tiempo es el esfuerzo constante del entendimiento humano, para fijar lo pasado y encontrar en ello lecciones para lo presente, y esperanzas para lo futuro. Bajo este punto de vista, la historia no solo es una ocupacion grave, sino una religion con sus misterios, sus dogmas, sus deberes y su fin: qué digo? este culto tiene tambien su predestinacion, y en ella se apoyan las convicciones de la escuela fatalista, escuela sombría, austera, y cuyos oráculos terribles y amenazadores, recuerdan los sonidos misteriosos de la emina de Dodona, ó los roncacos acentos del druida, prediciendo en las playas de la Armórica los últimos dias del culto de Teutates. La escuela moral histórica es tambien una religion cuyo santuario es la conciencia. En cuanto á la escuela pintoresca, como no se apoya sino sobre pormenores exteriores y sobre testos descarnados, esta escuela hoy tan de moda, nos parece que aunque sea digna de alguna estimacion, tiene un objeto poco serio y un fin poco útil y grave.

La historia debe tener su fé, y al decir esto, no escluyo la critica, solo entiendo la tendencia moral del historiador. Léjos de mi aquel que queriendo materializar la historia, no ve en las acciones buenas ó malas de los hombres mas que los reflejos de tal ó cual vieja edad, y que demasiado consecuente con este sistema deshonroso para la humanidad, sofoca la voz de su conciencia para escribir la historia! Es menester

someter esta ciencia á altas ideas morales y filosóficas, es menester siempre, y por todas partes, abatir el fanatismo y la impiedad sacrilega, que tambien es un fanatismo; es menester hacer la guerra al despotismo, á la iniquidad, á la sedicion y á la indiferencia hácia la causa pública. Con tales principios, el historiador ya no solo escribirá en pro ó en contra de los reyes, de los grandes y de los pontifices, sino que vendrá á ser el pintor simpático de los pueblos, el apóstol de la humanidad y el fanal de las masas; evitará el tono lúgubre que hace tomar á la historia el tono de un alegato ó de un acto de acusacion. Cuánto mas sensibles é ingeniosos no habrian vuelto en sus historias los señores Thierry y Sismonde, quienes por otra parte han hecho dar un paso inmenso á la ciencia, sus excelentes pensamientos de reintegracion de los pueblos y de las razas, si hubieran empleado una justicia mas indulgente en el bosquejo de los retratos de los reyes, de los príncipes y de los ministros! ¿De qué me sirve que no seais ya el Daniel de los reyes, si sois el de los pueblos? En la historia no debe haber lisonja, pero mucho ménos denigracion debe estar escrita de tal modo, que nos enseñe á no estimar ó á menospreciar á los soberanos, y á los grandes sino por el bien ó el mal que han hecho y no por las preocupaciones benévolas ú hostiles del historiador. De otra suerte seria incompleto el fin de la historia. Si es cierto que es el juez soberano de los reyes, es preciso que estos hombres, bastante desgraciados, porque todo conspira para ocultarles la verdad, al ménos la encuentren en la historia, es preciso que sea para ellos un juez íntegro é imparcial, y no amenazador, declamador y caprichoso exagerado; es menester que en su tribunal puedan juzgarse de antemano, reconociendo por el testimonio sábio, moderado é irrefragable que la historia da á sus predecesores la imágen fiel de lo que la posteridad dirá de ellos.—Pero en Francia, en Europa y en el siglo en que vivimos, á los reyes exclusivamente es á quienes se dirigen los juicios y las instrucciones de la historia. ¿Pero acaso no tiene tambien un interés muy positivo para todos los demas individuos? En efecto, entre los hombres susceptibles de instruccion, ¿qué clase, por mediocre que sea, no puede ser llamada para manejar de léjos ó de cerca, el timon político? Todo el mundo hoy está interesado en penetrarse de las graves lecciones del tiempo pasado: el pueblo ¿no tiene en todas partes sus escogidos, que son llamados á concurrir con las altas clases y el monarca á la

administracion de una localidad, á la formacion de las leyes y á la marcha general del gobierno? „La historia es un espejo donde los reyes ven la imágen de sus defectos,” ha dicho no sé que ingenio esclarecido del siglo de Luis XIV, y Bossuet, tan gigantesco en la expresion [de las ideas, ha añadido: „En la historia es á donde los reyes degradados por la mano de la muerte, aparecen sin corte ni quitto á sufrir el juicio de todos los siglos. Posteriormente se ha repetido cien veces este axioma, y en un tiempo en que se creia un alarde de la filosofia, declamando sin cesar contra los poderes establecidos, se tenia la ventaja de oponer á los cortesanos aduladores las páginas acusadoras de un Tácito ó de un Mzerai. Pero desde que los reyes han dejado de ser los únicos opresores, desde que los pueblos han tenido tambien la pretencion de ser soberanos absolutos, y desde que merced al contagio de una autoridad sin limites se han manifestado los déspotas mas ciegos y crueles, y que por consecuencia necesaria la multitud no ha recurrido de aduladores, la utilidad práctica de la historia se ha extendido á todas las clases de la sociedad; sus lecciones, pues, se dirigen á todos y viene á ser indispensable penetrarse de ellas para apresurar el momento en que los pueblos desengañados de tan seductoras como cortadoras ilusiones, se convengan de que la naturaleza feliz es aquella cuyas instituciones presen al abrigo de un poder enérgico y protegen las garantías para el reposo de los ciudadanos y para la apacible y dulce cultura de la industria, de las artes y de las letras.—Pero sea fuere la estension que se quiera dar á las instrucciones de la historia, la moral que puede sacar de ella siempre es la misma, siempre se funda en el respeto debido á la autoridad legal, bien sea ejercida por los reyes en monarquía, ó á nombre del pueblo por magistrados electos en una república. En todo tiempo y lugar la historia condena las guerras injustas, sin distinguir si han sido decretadas por el antojo de una multitud ansiosa, ó dictadas por la ambicion de un orgulloso monarca. honra á los opresores y á los tiranos que encuentran tan frecuentemente en la tribuna la plaza pública donde se decreta el ostracismo como bajo el trono imperial y en los consejos de un déspota sombrío,

Por lo demas, la moral de la historia se reduce á un corto número de principios fundamentales, porque toda ciencia verdadera es simple en sus elementos..... Apego á la historia, al suelo y á las instituciones del país;

peto á las tradiciones de los antepasados, deferencia á la vejez, fidelidad en los tratados, humanidad en la guerra y amor al orden en la paz; he aquí, si no me equivoco, con corta diferencia el código completo de esta moral. ¡Ay de aquellos seres corrompidos, que menospreciando á la humanidad, no estudian la historia sino con el fin de aprender el abuso de la fuerza, y el arte de engañar hábilmente á los hombres. No son ménos dignos de compasion los que notando grandes diferencias en la religion, en las costumbres y opiniones de los pueblos, solo sacan de ellas esa tan triste y desconsoladora imparcialidad que se manifiesta tan indiferente al bien como al mal, y que recuerda á Suetonio, refiriendo friamente las indecencias del lecho imperial! Qué cierto es que se puede abusar de la imparcialidad, que es la primera virtud del historiador, así como se abusa de todo lo bueno: la imparcialidad llevada al extremo, cuando se trata de la religion, se convierte en cepticismo; cuando se trata de la patria en indiferencia y egoismo, y cuando es menester pintar la virtud en culpable indiferencia. El historiador inflexible en sus juicios acerca de los hombres perversos, puede complacerse cuando encuentre que celebrar algo noble y sublime en las acciones de los hombres; pues solo entónces tiene derecho para dejar percibir sus sentimientos, sus afecciones y su entusiasmo; fuera de esto, la imparcialidad mas rigurosa debe presidir á sus relaciones, pues de otra suerte la historia, decaida de su dignidad, no seria ya mas que un testo acomodaticio para declamaciones de circunstancias.

III.

Fuentes de la historia antigua.

Dejo por un instante estas consideraciones para entrar en pormenores mas didácticos. ¿Cuáles son las fuentes de la historia, comenzando por la historia antigua? A esto responde la escuela de Voltaire: Poseemos tres monumentos incontestables: el primero es la coleccion de las observaciones astronómicas hechas por espacio de 1.900 años consecutivos en Babilonia, enviadas por Alejandro á Grecia, y empleadas en el *Almagesto* de Tolomeo; el segundo es el eclipse central del sol, calculado en China 2.255 años antes de la era vulgar, y reconocido verdadero por todos los astrónomos; el tercero, aunque muy inferior á los dos anteriores, existe en los mármoles de Arundel, donde está grabada la crónica de Atenas 263 años ántes de nuestra era; pero no comienza sino desde Cécrope 1.319 años ántes del tiempo en que fué

grabada. En este siglo de imparcialidad, sin la cual no hay verdadera crítica, confiesan los sábios que se poseen otras muchas fuentes, que afectan menospreciar Voltaire y su escuela, hablo de los libros religiosos de las diversas naciones del Oriente: ya no estamos en el tiempo en que se aislaba la historia antigua de estas fuentes sagradas, sin las cuales no tendria ni autoridad, ni sancion y ni aun principio. El *Génesis* es el primer libro que el historiador debe consultar, y miéntras mas lo estudie mas reconocerá cuanta confianza y respeto, humanamente hablando, merecen las tradiciones recopiladas por Moisés. „Ignoramos, dice Muller en su *Historia universal* (cap. III), cuantas veces ha salido y se ha puesto el sol, desde que en los risueños prados del reino de Cachemira, ó sobre las saludables alturas del Tibet, animó el Criador con su divino aliento el limo de que formó al primer hombre; pero cualquiera que sea nuestra incertidumbre con respecto á esto, está probado que la era de todas las naciones comienza poco mas ó ménos en una misma época. Las largas séries de siglos de que hablan los chinos, los indios y los egipcios, no son mas que cálculos astronómicos que no pertenecen á la historia. La crónica mas antigua de los chinos, el *Tschou-King* no comienza á ser histórica sino hasta la época de la guerra de Troya, y su autor es posterior á Homero y á Hesíodo. Los tiempos históricos de los indios no llegan mas que á 5.000 años. Conforme á los libros sagrados de los hebreos, calculados segun el sistema que me parece mas verosímil, creo que pueden contarse 7.506 años desde la creacion del hombre referida en la Sagrada Escritura, hasta 1.784.”—Consúltense tambien los escritos y los cálculos de Cuvier, de Biot y de otros sábios ilustres que despues de Muller han ensanchado el dominio de la ciencia cronológica, y se verá que su ingenio no solamente se humilla ante los libros sagrados, sino que encuentra en ellos hechos del todo acordes con la exactitud de sus cálculos, y así el *Génesis* viene á ser la primera fuente histórica. Viene despues Herodoto de Halicarnaso, este Herodoto á quien la crítica ligera y subserviva del siglo XVIII ha acusado tantas veces de haber mentido; pero despues que se ha estudiado el Egipto y el Oriente, se ha aumentado la gloria del padre de la historia profana, y se ha reconocido la presuntuosa ignorancia con que algunos críticos temerarios desecharon de él multitud de pormenores acerca de las costumbres y de la geografia, por la sola razon de que no habian visto cosa semejante en nuestras co-

marcas modernas. Sin embargo, es preciso confesar que á pesar de la fé adquirida en el *Génisis*, y en las antiguas tradiciones que Herodoto ha podido coleccionar acerca del Egipto, la Persia y la Siria, no nos quedan del mundo primitivo más que algunos fragmentos de poesías, bastante oscuros, ó cánones de reyes, cuya autenticidad no está probada.—Sea cual fuere la importancia que pueda darse á los descubrimientos recientes, y sea cual fuere el mérito de los que los han hecho, cuántas tinieblas no envuelven aún á la cuna de la monarquía egipcia! Si bien se ha podido rasgar el velo misterioso de algunos geroglíficos y sacar del olvido el nombre de tal dinastía ó de tal príncipe que permaneció desconocido hasta entónces; jamás se conseguirá dar un interés positivo á las épocas contemporáneas del nacimiento de las sociedades, cuyos recuerdos están sepultados en la misma tumba que encierra á las generaciones que ellas vieron nacer. Lo mismo sucede con respecto á la Asiria. Por cuántas cuestiones indisolubles se encontraría circunscrito y detenido, el historiador que pretendiese restablecer sus anales. Cuántos imperios de Asiria ha habido? El examen de este solo punto manifiesta desde luego toda la estension y dificultad de la empresa que habria emprendido. ¡Qué valor no necesitaria para emprenderla, sin esperanza de llegar á obtener resultados proporcionados á la fatiga de sus investigaciones! La Persia y la India con sus libros religiosos que la *linguística* (1) ha comenzado á explorar, van á aumentar sus dificultades.

El origen de los sirios y fenicios, el principio de la sociedad en el Asia occidental, en Grecia, en Italia, en Iberia y en las costas septentrionales del Africa; ofrecen tambien muchos problemas á la crítica y para resolverlos, si bien se encuentra algun auxilio en Herodoto, Tucídides, Diodoro, Pausanias y en el viejo Homero que tambien es una fuente histórica, ninguno de estos autores ha reunido bastantes hechos y documentos para que el historiador pueda construir un sistema satisfactorio.

IV.

Historia antigua: no debe separarse la griega de la romana.—Repúblicas antiguas.—Principales bosquejos históricos.

Supongo que á fuerza de perseverancia, de erudición y de sagacidad, el historiador haya

(1) LINGUISTIQUE sus. fem. tratado sobre el estudio de las lenguas.—Estudio y conocimiento de las lenguas en general.

aclarado las épocas fundamentales de la cronología, que de cualquiera manera haya pasado los desiertos de la historia, y que haya llegado á los tiempos verdaderamente históricos entónces se le presentarán otras dificultades y otros deberes. Si intitula su obra *Historia antigua*, irá conforme á un método, á mi entender, absurdo, y no obstante, generalmente seguido en Francia, separar la historia griega de la romana, y no manifestar la cuna de Roma sino despues de haber pasado sobre la tumba donde yace la libertad griega. Lejos de él marcha antilógica, y para tomar el buen camino, no le faltarán modelos: tales son Voltaire, Bossuet, Juan de Muller, el modesto y sabio abate Gerard, cuya *Historia antigua* concluir, es muy poco conocida, y en fin, hasta en las escuelas ménos elevadas, el buen abate Gaultier, que tuvo el don de la enseñanza primaria, es decir, la mas simple y popular y por consiguiente la mas útil; mas para el historiador que quisiera elevarse á altas consideraciones, y vivificar su obra por medio de oportunas comparaciones, qué felicidad, deber que presentar en el mismo periodo á Rómulo y á Rómulo, poniendo ambos las bases de una constitucion que debia formar un gran pueblo! Pero supongo que ha llegado á los tiempos verdaderamente históricos; entónces ya su obra no se limitará á fijar datas, á matar anacronismos, á desencantar fábulas gracias para encontrar un fondo de verdad, sino que tendrá que tratar puntos mas importantes e interesan á la inteligencia y moralidad humana; tendrá que rectificar juicios repetidos dos siglos á esta parte sobre los hombres y sobre las cosas. Las instituciones de los pueblos la fama de sus gefes, he aquí lo que debe apreciar en su justo valor; exigirá á tal hombrera cuenta de su gloria usurpada, reparará tal otro, el injusto olvido de los historiadores se guardará bien sobre todo, de preconizar virtudes políticas, aquellos sentimientos y actos reprobados por la sana moral, seducción á que no han resistido siempre algunos nobios, tales como Bossuet, Rollin y Montesquieu. La historia de las repúblicas griegas lo encontrará sin preocupacion: no presentará sus instituciones como modelos dignos de imitacion; sabrá preservarse de un entusiasmo engañoso, repudiar las admiraciones que no

He hecho uso de esta palabra que no se encuentra ciertamente en el Diccionario de la lengua castellana porque no he encontrado otra que espese en su idioma con toda claridad su significacion.

[El traductor]

tén comprobadas, y tambien evitar el espíritu de denegacion, y el tono de aspereza. Presentada de este modo esta parte de los anales de la antigüedad, enseñará al lector que solo tuvieron verdadera gloria y prosperidad, las repúblicas donde el primer móvil de los ciudadanos consistia en la obediencia á las leyes y en el amor al orden establecido, y no en los sentimientos de un patriotismo feroz que tan frecuentemente los conducia á maldades atroces, como á acciones loables. ¿Porque fueron tan raros y tan cortos los intervalos de prosperidad, sea en la inconstante Atenas, ó sea en Tebas, donde reinaba una multitud estúpida y perversa? porque las instituciones de estas dos repúblicas, abandonadas sin defensa á las convulsiones de la democracia, dejaban sin fuerza á las leyes, miéntras no habia un hombre capaz de hacerlas respetar. Así es, que la dicha de Atenas no se prolonga por mas tiempo que el de la vida de Pericles, y parece que el vencedor de Leuctres lleva á la tumba la fortuna y la ilustracion de su patria. ¿Porqué al contrario la paciente Lacedemonia y la valiente y sabia república romana, pudieron contar siglos de seguridad, de fuerza y de grandeza? Porque entre los romanos y los espartitas, estos dos pueblos asombrosos por la constancia con que guardaron su antigua disciplina, una aristocracia poderosa garantizaba la duracion de la ley, del orden establecido y arreglaba el dócil entusiasmo de un patriotismo sin debilidad. Se penetrará asimismo de una consideracion; y es que entre los griegos y los romanos, particularmente entre los espartitas, lo que aseguraba la estabilidad de las formas republicanas, era el pequeño número de hombres que gozaban de los derechos de ciudadanía, pues la clase manufacturera ó doméstica que, en nuestras sociedades modernas goza de los mismos derechos que los demas ciudadanos, y compone esta multitud numerosa que se llama exclusivamente *pueblo*, no existia, ó al ménos no existia sino por una especie de excepcion entre los antiguos. Todas las profesiones liberales estaban abandonadas á esclavos, cuyo número excedia casi siempre al de sus amos, pero que formaba, por decirlo así, otra especie humana con la cual no se contaba para nada en las transacciones públicas, y dejaba á la reunion de los ciudadanos, verdadera feudalidad republicana, arreglar cómodamente los intereses del estado. ¿Quién querria á este precio convertir en democracias las monarquías europeas? Y solo Dios sabe si este régimen podrá convenirles algun día, pero durante la

esperiencia que ha hecho de él la Francia, la democracia sin esclavos ha debido proibir. Entre tanto, el historiador filósofo debe reconocer que en nuestros estados modernos hay mas felicidad, proteccion, libertad é instruccion para las masas que en las democracias mejor organizadas de Grecia y de Italia. La historia antigua no está tan llena con los seductores ejemplos de las virtudes republicanas que dejen de encontrarse en ella las virtudes de algunos reyes, y la felicidad de los súbditos de las antiguas monarquías. Los escritores antiguos han hecho cuanto ha estado de su parte para darles el menor lugar posible, pero esto no debe ser para el historiador que viniese hoy á tomar como filósofo las seductora, narraciones de aquellos; un motivo de apartar su atencion de los príncipes, tales como Sesostris, Psamético, Amasis, Ciro, Evagoro, Numa, Servio Tulio, Ezechías etc. La gloria de los conquistadores cuyas azañas fueron inútiles á su patria, debe exigir un examen atento. Pordichoso y hábil que haya sido Filipo de Macedonia, su gloria carece de brillo, y su nombre se encuentra colocado por todos los historiadores en un rango muy superior al de su hijo. El historiador no debe encontrar embarazo para infirmar un juicio tan general manifestando su falsedad: puede mostrar la conveniencia, la posibilidad del proyecto grande, pero no gigantesco, concebido por Filipo, y que consistia en colocar á Macedonia á la cabeza de una confederacion dirigida por un monarca en los límites de la Grecia. Alejandro aun antes de subir al trono, concibió un plan, que en todos tiempos ha sido impracticable, el de una monarquía universal. Que no se cite el ejemplo de Augusto y de los Césares, pues que ellos no formaron tal monarquía, la encontraron formada, y sus sucesores la fueron perdiendo por partes. Filipo, árbitro de la Grecia, no pensaba sino en ser un nuevo Agamemnon, humillando á la Persia. Alejandro resolvió conquistarla, y la desidiosa Asia le opuso poca resistencia, no hubiera sido lo mismo en Europa, contra la cual pensaba este príncipe volver sus armas, despues de la conquista de Oriente. Los curiosos que querian profundizar esta cuestion, la encontrarán tratada á fondo, en la elocuente digresion de Tito Livio, sobre las aventuras desastrosas que hubieran detenido á Alejandro en una invacion á Italia. Los admiradores del conquistador Macedonio, entre otros, Montesquieu, no han querido ver en él sino un bienhechor de la humanidad, cuyas armas no habian tenido otro objeto que